

BARRO Y CIELO

POESÍA

Gerardo Oberman



HEBEL

Gerardo Oberman

BARRO Y CIELO
POESÍA

HEBEL

BARRO Y CIELO

POESÍA

Gerardo Oberman



HEBEL Ediciones

Arte-Sana | Poesía

BARRO Y CIELO | POESÍA
© Gerardo Oberman, 2017.

© HEBEL Ediciones
Colección Arte-Sana | Poesía
Poñén, Concepción, Chile, 2017.
www.issuu.com/hebel.ediciones

Diseño y edición: Luis Cruz-Villalobos.
Fotografía de portada y contraportada: © Renán Gómez.

Qué es HEBEL. Es un sello editorial sin fines de lucro. Término hebreo que denota lo efímero, lo vano, lo pasajero, sople leve que parte veloz. Así, este sello quiere ser un gesto de frágil permanencia de las palabras, en ediciones siempre preliminares, que se lanzan por el espacio y tiempo para hacer bien o simplemente para inquietar la vida, que siempre está en permanente devenir, en especial la de este "humus que mira el cielo".

*Dedico estos humildes poemas
a las personas que trabajan y luchan
por mundos mejores,
por sociedades más inclusivas,
por comunidades de fe más abiertas y solidarias,
por actitudes más tiernas,
por vidas más libres...*

*En gratitud a Dios
por mi compañera de caminata, Grety.*

Tres Arroyos, febrero de 2017

PRÓLOGO



Leer los poemas de *Barro y Cielo* nos sumerge en la experiencia profunda de sentir la fuerza de la vida y la creatividad de aquella "Alfarera de mundos y de sueños" que del barro amasó la vida permitiendo que asome una luz y nazca una esperanza en medio de tantas oscuridades que nublan la vida (Dios, la Alfarera).

En las páginas de este poemario están los niños, las mujeres las personas vulnerables, los que han sido dejado a un lado, las multitudes migrantes, las jóvenes violadas, los que sufren (Afirmación de fe). En estos versos, como en el Evangelio, los últimos son los primeros, quienes luchan encuentran fuerzas y quienes sufren son abrazados. Porque "en medio de tantos grises, aparecen algunos colores esperanzadores en miradas cómplices y abrazos sanadores, en palabras que animan y sostienen, en gestos que se hacen solidaridad, en plazas que comienzan a llenarse y en voces que aún siguen cantando" (Entre los grises).

Barro y Cielo es un libro para leer en calma e intimidad, pero también en comunidad de luchas y de fe. Gerardo logra en cada verso ponernos en contacto con la realidad del dolor, de las víctimas, de los prejuicios, de los pensamientos obtusos que se denuncian claramente. Pero *Barro y Cielo* también nos lleva a experimentar el llamado y la vocación profunda de un nuevo y antiguo credo que nos define a cada uno/a como creadores del mundo nuevo que anhelamos; aquel que se construye desde la justicia, la solidaridad, la inclusión y el compromiso con la vida.

Nos preguntamos con Oberman: "¿A alguien le interesará en nuestras ciudades oír la voz de locos y

locas que siguen creyendo que la justicia es posible y que alguna día se besarán apasionadamente con la paz, que de su amor nacerá un mundo nuevo pleno, inclusivo, solidario, sin dolores y sin hambre, mundo de abrazos, de encuentros, de mesas amplias, con comida y bebida para cada hijo e hija de Dios?" (Hemos gritado). Estamos seguros que sí.

Barro y Cielo es una colección de poesías que hace vibrar el alma y que mueve el corazón en esa tarea tan habitual de bombear la vida, desde adentro y hacia afuera, desde donde surgen las convicciones, las emociones y los sentimientos hacia esa realidad que nos rodea y necesita de transformación. *Barro y Cielo* da fuerza a la convicción de esa fe transformadora que, llena de espíritu y vida, moviliza al barro y le hace artífice de su propia liberación, movilizado por el mismo espíritu que consagró a Jesús. Por esto dice Oberman, "Creemos en un Dios que nos invita a caminar a su lado, a ser constructores y constructoras de relaciones justas, de gestos de ternura, de acciones que incluyan, de palabras que liberen, de miradas que dignifiquen, de abrazos que sanen y reconcilien, de puentes que unan y de caminos cuyo horizonte sea el bien común. Para llevar la buena noticia a los pobres; para anunciar libertad a los presos y dar vista a los ciegos; para poner en libertad a los oprimidos" (Afirmación de fe).

Barro y Cielo, entonces, remite a un espíritu que moviliza, cuestiona, desarticula discursos hegemónicos, llama a la acción solidaria y a la construcción de la justicia con esa frescura y talento tan característico del autor. Gerardo Oberman sabe traer en cada frase un llamado certero a dotar de profundidad la vida nadando contra la corriente y

como buen seguidor de Jesús de Nazaret dice las verdades con "perturbadora simpleza y desafiante profundidad" (Cuerpo y sangre, solidaridad y entrega).

Por todo esto, *Barro y Cielo* es una constante afirmación de la esperanza que prevalece cuando parece ganar la oscuridad. Porque el cielo nos da una luz que resalta las siluetas y hace evidentes los contornos, iluminando sombras y permitiendo que la luz alumbre, que se destape la luna, o que en medio de cualquier oscuridad podamos recordar la magnificencia del creador al mirar perplejos la hermosura de las galaxias, las estrellas y los planetas que hacen evidente nuestra pequeñez, que no es poco, porque nosotros también somos polvo de las estrellas.

Evidentemente Oberman sabe bien que *Barro y Cielo* se unen magníficamente en cada uno de sus hijos e hijas (Génesis 2:7); así como en la silueta de los bosques y montañas que tocan el cielo, o en el horizonte distante e inspirador donde se hacen uno el mar, las nubes, la inspiración y la poesía.

Quienes hemos caminado de noche en los campos latinoamericanos, lejos de las ciudades y poblados, sabemos que ante la oscuridad los ojos se "ajustan" a la falta de luz para que podemos ver e intuir caminos, en lo que llega el amanecer. Esto es lo que nos aporta *Barro y cielo*: poemas que muestran el horizonte, que nos permiten esperar y afrontar los desafíos, que describen las sombras y llaman a la lucha, que describen obstáculos y peligros, pero especialmente palabras llenas de vida que nos sostienen. Porque los poemas de *Barro y Cielo* dejan ver la luz y llaman a seguir buscando esa nueva

tierra y ese nuevo cielo prometido y anhelado donde ya no haya dolor, ni muerte y donde toda lágrima será secada (Ap.21).

Damos gracias a Dios por la vida y los dones de Gerardo Oberman, quien nuevamente nos regala esta oportunidad hermosa disfrutar la visión y las certezas de un hombre de fe que sabe que Dios, en Jesucristo y con su Espíritu, ha puesto el cielo a tocarse con la tierra en cada uno de nosotros y nosotras para que recordemos -del latín recordare, que quiere decir volver a pasar por el corazón- que "nos cobija el mismo cielo y caminamos el mismo suelo, hasta la victoria plena del Reino" (Convivir en la diferencia).

Disfruta del libro y recuerda:

somos barro y sueños,
dolor que duele hondo
y esperanzas que no dejan de latir
Ven, te esperamos,
naciendo allí donde pocas personas te buscan,
donde sólo las gentes humildes pueden hallarte,
abrazado por el amor de las pobres y las
desplazadas,
arropado por la sensibilidad de los nadies,
perfumado por el aroma del pan que se sabe
compartir
y que se hace fiesta solidaria,
huésped refugiado allí donde la única frontera
es la de tu gracia sin fronteras:
(Te esperamos)

Jorge Daniel Zijlstra Arduin

BARRO Y CIELO



Acumular

(A la luz de Lucas 12:13-21)

Acumular,
tener,
anhelar más,
pensar solamente en uno mismo, en una misma,
planificar egoístamente,
vivir sin solidaridad,
caminar sin compasión,
trabajar sin misericordia,
producir mucho por mera avaricia,
construir solo para guardar,
generar riqueza empobreciendo a otras personas,
blanquear dinero de origen dudoso,
comer en soledad, beber solo con los iguales,
buscar una felicidad para pocos privilegiados.
No es esa la propuesta de Jesús.
La abundancia que Dios valora es
la del corazón sensible,
la de la mano que se extiende,
la de la mesa grande y generosa,
la de los bienes compartidos,
la de la vida que se brinda,
la de la comida que alcanza,
la del vaso que se desborda,
la de la conciencia que reconoce
que todo lo recibido es por gracia.
No hay justicia de Dios
en la acumulación individualista.
La justicia de Dios se transparenta
en quien se hace rico en el amor solidario.

*“Dios le dijo: ‘Necio, esta misma noche perderás la vida,
y lo que tienes guardado, ¿para quién será?’”*

Dios, la alfarera

Alfarera de mundos y de sueños,
que del barro amasaste la vida
y creaste al pájaro y al árbol,
al ser humano y al maíz,
Enseñanos a crear y a seguir soñando
un mundo bello,
con espacio para cada vida.

Luz que disipas todas las oscuridades,
que encendiste las estrellas
que iluminan nuestros cielos
y que en torno al primer fuego
reuniste a la humanidad.
Guíanos para poder alumbrar
los espacios por donde andamos,
siempre buscando la armonía
en torno al sagrado fuego de tu presencia.

Soplo que animas y que renuevas,
que respiras y que inspiras,
que aspiras y que suspiras
junto a todo lo creado.
Aliento que da vida,
sopla a nuestras espaldas
e impúlsanos a andar los rumbos
de tu Espíritu solidario.

Fuente inagotable de bondad,
de energía y de ternura,
que en amor rebosante
plenificas la creación entera,
la nutres de tus dones
y la sostienes en tu gracia,

danos la capacidad de derramarnos
y, cual aguas buenas,
regar responsablemente la vida
en medio de tanta muerte.

Amarte y seguirte

“Si alguno viene a mí y no sacrifica el amor a su padre y a su madre, a su esposa y a sus hijos, a sus hermanos y a sus hermanas, y aun a su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no carga su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo.” (Lucas 14:26-27)

Amarte, Jesús, de eso se trata.

Amarte como las olas del mar que aman la costa,
que por instantes se alejan,
pero siempre regresan.

Amarte a vos,
porque cualquier otro amor es espuma,
incluso el amor a nuestra propia sangre.

Amarte a vos,
para que en ese amor
construyamos relaciones sanas,
sostenidas en el respeto,
en la escucha,
en la aceptación,
en la búsqueda compartida
de comunidades de afecto,
inclusivas, solidarias, generosas, amplias,
capaces de abrazar en la diversidad.

Amarte a vos,
para que en ese amor
la vida no sea apenas mi pequeña vida
sino el espacio maravilloso que compartimos
con cada persona en su virtudes y en sus
fragilidades,
en sus logros y en sus fracasos,
en sus dolores y en sus alegrías;
y para que la vida sea también
acompañar el cuidado consciente
de cada una de las obras de la creación de Dios.
Amarte a vos sobre cualquier otro amor,
para así aprender a amar de verdad

a todos y a todo.
Amarte y luego seguirte,
con la cruz como símbolo
no de una muerte para llorar
o de un fracaso por asumir
o de una tortura que sufrir,
sino como promesa de vida plena,
como anuncio victorioso del amor sobre el odio,
como señal de esperanza en realidades nuevas,
como estandarte de la justicia de Dios
que supo arrancarle a la muerte su soberbia.
Amarte y seguirte,
con la cruz levantada
como denuncia de toda forma de opresión,
como desprecio a todas las traiciones,
como espejo de todas las hipocresía,
como llamado a la humildad en el servicio,
como invitación abierta a cada persona sufriente,
como oferta de perdón y de nuevas oportunidades,
como faro hacia mundos sin muros, sin rejas, sin
exclusiones.
Amarte y seguirte.

Aquello que llamamos verdad

Cuando todas las hipótesis caigan,
cuando las suposiciones mueran,
cuando los prejuicios se desintegren,
cuando las miradas sesgadas se animen a ver,
cuando los discursos parciales enmudezcan,
cuando los ilusionistas dejen de engañar,
cuando ya nadie quiera hacer de la trampa un
trampolín,
cuando los conspiradores se conviertan en
inspiradores,
cuando los dardos venenosos se queden sin veneno,
cuando las cámaras dejen de enfocar tantas
miserias,
cuando las anteojeras se reemplacen por lentes de
honestidad,
cuando los cómplices de las falsedades dejen de
recibir su paga,
cuando a los hipócritas se les caigan las máscaras,
cuando la difamación no quede impune,
cuando la libertad de expresión sea expresión de
personas libres,
cuando el engaño desnude su perversidad,
cuando la justicia pierda su vergüenza,
cuando los oportunistas ya no tengan oportunidad,
cuando los medios dejen sólo de querer medir,
cuando los poderes dejen de poder,
entonces, apenas entonces,
nos aproximaremos un poco,
y solamente un poco,
a aquello que llamamos verdad.

Calma

Hasta el viento y el mar
se calman al oír tu voz,
las olas dejan de golpear,
se aquieta la tormenta feroz.

Si estás cerca, buen maestro,
la más dura tempestad pasará,
las dudas, ese miedo nuestro,
la angustia cruel, cesarán.

La pequeña barca de la vida,
frágil ante las turbulencias,
débil ante la noche inesperada,
zozobra sin tu presencia.

Despierta, amigo Jesús,
apacigua las aguas bravas,
compártenos de tu luz,
abrázanos con tus palabras
y danos de tu serenidad;
en las horas de oscuridad
que no le falte al alma tu paz.

Afirmación de fe

(Basada en la Confesión de ACCRA, #24-30
y en Lucas 4:18-19)

Creemos en un Dios de justicia y de solidaridad,
cercano a las víctimas de un sistema
que empobrece, que explota, que desampara y
que mata
a millones de seres humanos, imagen y semejanza
de Dios,
y que destruye la casa común que nos ha dado
a habitar.

El Espíritu de Dios está sobre nosotros y nosotras.

Creemos en un Dios que en Jesús nos ha propuesto
una alternativa a toda ideología, teología o sistema
económico
que prefiera el lucro y la ganancia antes que las
personas.

El Evangelio de la gracia se opone a toda propuesta
de vida
que no privilegie a las personas más vulnerables
y que no se preocupe por el bienestar de la
creación entera.

Porque nos ha consagrado...

Creemos en un Dios que nos invita a caminar a
su lado,
a ser constructores y constructoras de relaciones
justas,
de gestos de ternura, de acciones que incluyan,
de palabras que liberen, de miradas que dignifiquen,
de abrazos que sanen y reconcilien,

de puentes que unan y de caminos cuyo horizonte
sea el bien común.

Para llevar la buena noticia a los pobres;
para anunciar libertad a los presos
y dar vista a los ciegos;
para poner en libertad a los oprimidos...

Creemos en un Dios que anuncia la vida plena
y buena,
una vida abundante para los migrantes sin hogar,
para los refugiados hacinados en campamentos
indignos,
para los excluidos y los pobres, para los huérfanos,
para los ancianos, para las viudas,
para los despreciados por cuestiones de género,
de raza, de religión...
para las niñas secuestradas y violadas,
para cada hijo e hija de Dios.

Creemos en este Dios del amor y de la gracia
que nos señala un horizonte de justicia y de paz:

El año favorable del Señor.

Convivir en las diferencias

Mis sueños no son tus sueños,
porque no esperamos lo mismo de la vida.

Mis alegrías no son tus alegrías,
porque no nos movilizan las mismas cosas.

Mis compromisos no son los tuyos,
porque le ponemos el hombro a proyectos
diferentes.

Mis convicciones no son las tuyas,
porque leemos la realidad desde otros lugares.

Mis dolores no son los tuyos,
porque no nos afectan las mismas angustias.

Mi memoria no recuerda lo mismo que la tuya,
porque valoramos distinto los golpes, las muertes, las
ausencias.

Mis miedos no son tus miedos,
porque no nos atemorizan las mismas amenazas.

Mis búsquedas no son las tuyas,
porque nuestros anhelos tienen disímiles contenidos.

No nos suenan igual algunas palabras:
solidaridad, plenitud, inclusión, justicia, oportunidad,
equidad, derechos.

Hemos abrazado ideales diferentes, quizá hasta
opuestos,

porque no miramos el mismo horizonte.

No nos apasionan ni nos movilizan los mismos temas,
porque estamos sostenidos por valores que no
siempre son compatibles.

Nuestros corazones no laten con los mismos ritmos
ni danzamos por los mismos motivos.

Si pensamos en una fiesta, tal vez no la pensemos ni
parecida,

porque no será igual el decorado, tampoco el
menú,

quién sabe si los invitados...

Sin embargo, nos cobija el mismo cielo
y caminamos el mismo suelo;
quizá hasta tomemos el mismo vino.
Y en esta tierra compartida,
bajo el techo de la gracia divina,
estamos llamados a convivir.
Abro mi mano laborante, sincera y honestamente,
y la sumo a la de todas las personas
que quieran involucrarse para trabajar por una
sociedad
con espacios cada vez más amplios, diversos y
contenedores,
cuidando en especial a los más frágiles y
vulnerables.
En ese rumbo nos encontraremos
hasta la victoria plena del Reino.

Cruces

Era la cruz de la vergüenza
o la cruz del dolor injusto.
No había otras opciones...

Retroceder,
negarse al siguiente paso,
escondarse,
callar,
asumir la incoherencia,
resignarse ante los opresores,
borrar en la huida cobarde
cada palabra y cada acción
por la libertad,
por la justicia,
por la vida...
Por ese rumbo me hubiese salvado
del odio de los poderosos,
de las trampas de los mezquinos,
de las laceraciones de los torturadores,
del desprecio de "la gente bien"
y del miedo profundo en el alma.
Esa sería la cruz de la vergüenza.

O aceptar la cruz perversa del dolor,
como precio del amor a una causa,
como consecuencia de un camino
de entrega, de solidaridad,
de búsqueda de otros mundos,
de sueños compartidos
con las personas simples.
No es la cruz de ninguna expiación
ni la cruz de un sacrificio elegido
ni la cruz del pago de alguna deuda...
Es la cruz que castiga compromisos,

que busca silenciar palabras de vida,
que intenta detener proyectos,
que quiere detener la historia nueva
que Dios está dibujando por pura gracia.

No la elijo, pero la acepto
como la única cruz posible,
como aquella que es necesaria
para encender
desde ese lugar de muerte
y más allá de todas las traiciones,
de todos los abandonos
y de todas las negaciones,
de todas las manos lavadas
y de todos los clavos,
la alborada
de todas las resurrecciones.

Tradición...

"Para mantener sus propias tradiciones, ustedes pasan por alto el mandato de Dios." (Marcos 7:9)

Tradición...

Repetir lo que "siempre ha sido",
al menos en la historia que nos han contado.

Tradición...

Enclaustrarse en la zona de confort,
en ese espacio conocido
en el que nos sentimos bien.

Tradición...

Cerrar mente y corazón a nuevas oportunidades,
a nuevos desafíos, al dejarse sorprender.

Tradición...

Tantas veces se transforma en traición
a los procesos de transformación
y a las propuestas del Jesús de los evangelios.

"Ámense los unos a los otros."

Pero, es que estamos debatiendo
si usamos el alba o la toga.

Incluso hay unos que dicen
que no importa lo que vistamos
quienes ministramos en tu nombre.
¿Cómo es eso posible?

"Denles ustedes de comer."

Pero, ¿y quién definirá si celebramos
la Santa cena con vino o con jugo de uvas?
Las copitas son más higiénicas
que la copa común para todos, ¿verdad?
Y nada de un solo pan grande
que se parte y se reparte.

“Vayan y hagan discípulos.”
No hay tiempo, Señor,
pues algunos que recién han llegado
quieren quitar las bancas del templo
para colocar sillas y distribuir el espacio
de celebración de un modo más inclusivo.
¡Imagínate!

“Ven, sígueme...”
¿Justo ahora, en este preciso momento?
¿Y quiénes se encargarán de vigilar
que cada semana se rece apropiadamente
y que nadie se salte un paso del orden litúrgico?
Tú sabes, Señor, que hay personas
que no son fieles a tus tradiciones.

“Dejen que los niños y las niñas vengan a mí.”
Eso no es posible, buen Jesús.
Las buenas costumbres indican
que deben salir del templo para permitirnos
nutrir el intelecto y celebrar la fe
sin sus ruidos y sus impertinencias.

“Hagan esto en memoria de mí.”
Hay quien insiste en que debemos
recordar y celebrar tu vida toda.
Pero nosotros somos fieles
al recordar tu muerte dolorosa,
tu sacrificio en la cruz...
Pues eso es lo que cuenta.

“El sábado se hizo para las personas
y no las personas para el sábado.”
¡Eso ya es demasiado!
¿Adónde iría a parar tu iglesia
si nos respetamos las más sagradas
tradiciones que hemos heredado?

Tradición...

Que aquello a lo que nos hemos acostumbrado
y a lo que muchas veces nos hemos atado
sin darnos la oportunidad de la revisión,
del diálogo, de la apertura, de la búsqueda,
no nos haga olvidar de los mandatos de Jesús
que no son para construir una iglesia
o una doctrina y mucho menos una tradición,
sino para mantener vivo su Reino.

Cuerpo y sangre, solidaridad y entrega

“Éste es mi cuerpo...

ésta es mi sangre...”.

Tantas veces pronunciado, tantas veces oído,
en tantas circunstancias repetido,

tan pocas veces comprendido.

Como autómatas nos movemos

hacia donde el pan busca ser cuerpo

y donde el vino busca ser vida,

pero regresamos sin hacernos cuerpo

y sin animarnos a compartir la vida.

No hay misterio en el misterio,

por más que algunas teologías

se hayan encargado de alejar

estas memorables palabras de Jesús

de su perturbadora simpleza

y de su desafiante profundidad.

Caminamos hombres y mujeres

buscando quién sabe

qué mágica transformación

en nuestras vidas individuales;

marchamos en soledad,

rodeados de un silencio de sepulcro,

a encontrarnos con un muerto...

Perverso sería el sacramento

si tal fuese su significado.

El maestro levanta el pan

e invita a ver en él su cuerpo,

todo lo que su persona es:

su historia, su camino recorrido,

sus acciones y sus palabras,

su presencia, sus enseñanzas,

sus abrazos, sus promesas.

Tomar su cuerpo implica un compromiso

con esa vida, con ese Jesús,

con sus propuestas de construir
un mundo solidario y justo,
armonioso e inclusivo.
El nazareno toma la copa de vino
e interpela a sus discípulos y discípulas
a ver allí su sangre,
es decir, la profundidad de su entrega,
la coherencia de su espiritualidad,
la identificación con un proyecto
de plenitud de vida para todos y todas,
hasta la mismísima muerte
con que algunos quieren arrebatarse
tanto amor generoso derramado.
Ir al encuentro de esa copa,
nos involucra con la vida plena
que aún necesita ser descubierta
y celebrada y compartida.
Vayamos en busca de ese pan y de esa copa,
y vayamos de a dos, de muchos y muchas,
como quien va hacia una fiesta,
honremos a quien vive para siempre,
festejemos la amplitud de su gracia liberadora,
comamos y bebamos con ganas,
que se nutra el cuerpo y se alimente el espíritu
para regresar a lo cotidiano
a seguir construyendo comunidad
y a continuar compartiendo vida.
Sólo así el pan y el vino
serán sacramento.

Desaparecido, desaparecida

Por mi pelo largo y mi vestimenta,
por leer la vida con la mente abierta.
Por llevarle pan a una niña hambrienta,
por ayudar a unos chicos a hacer sus cuentas.
Por pedir justicia ante un atropello,
por no hacerle caso a lo que querían ellos.
Por andar de noche en veredas oscuras,
por no encajar en moldes de dictaduras...
¡me desaparecieron!
A golpe y picana me fueron rompiendo,
no sólo a mi sino a 300 cientos.
Se llevaron mi aliento pero no mis sueños,
ni los nombres amados, que abracé en silencio;
regada en mil llantos y en tanta sangre
la semilla sembrada crecerá en las calles.
Madres y abuelas no bajan sus brazos
y nuevas voces replican sus pasos...
¡con ellas no pudieron!
No hay rastros de mi cuerpo ni de mis huesos,
mi tumba es un pozo, el mar, el monte espeso.
Pero sigo vivo, viva, en tu memoria inquieta,
en cada gesto de amor a quien necesita,
en cada compromiso con la justicia,
en la solidaridad que se hace caricia,
en cada marcha por las causas nobles,
en toda búsqueda de mundos mejores,
en la plaza, en la villa, al borde del camino,
junto a los abuelos, los pobres, los niños.
Desaparecido, desaparecida,
¡presente!
en la esperanzada lucha
comprometida con la vida.

Echar fuera la hipocresía

(A luz de Juan 2)

Los espacios de encuentro del pueblo de Dios,
deben ser espacios de fiesta,
de abrazos, de vida compartida,
de solidaridad, de proyectos de vida,
de danza y de esperanza.
Jesús caminaba hacia ese espacio festivo,
luego de haber transformado
la tristeza de una boda sin vino
en un renovado tiempo de alegría.

Pero encuentra el negocio armado,
el afán de lucro instalado,
impune la explotación del débil,
irreverente la codicia,
desnuda la ambición,
el dios mercado en su orgía devoradora.
Allí, donde debía estar el espacio
de la comunidad celebrante,
no había más que un templo al dinero
y un culto salvaje a Mammón.

Por eso las cuerdas,
por eso el látigo,
por eso la furia de un Jesús
que no esconde sus pasiones
ni sus convicciones
cuando los valores que sostienen
el entramado de una sociedad
son públicamente agraviados
y cuando los espacios
en que deben florecer
las miradas tiernas,
los genuinos intercambios de afectos,

las manos que dan y se dan,
los brazos que sostienen y contienen,
las palabras que acarician y animan,
las acciones que siembran y construyen,
son avasallados por la prepotencia
de las fuerzas del mal vivir.

Jesús destruye un modo de relacionarse,
una manera de construir ciudadanía,
un modo de entender la vida
y de vivir el encuentro como pueblo.
Destruye la hipocresía de quienes "creen ser",
de quienes usurpan el espacio
alejándolo de aquello que debe ser.
El Maestro los conocía a todos,
tal como nos conoce a nosotros.
"No hagan un mercado de la casa de mi Padre"...

¡Cuántos de nuestros espacios de encuentro
deberían ser purificados
por aquellas cuerdas sanadoras
y por aquellas palabras proféticas!
¡Cuántas actitudes, cuántas, deberían
echarse fuera de los espacios
que debieran reunirnos
para afianzar vínculos,
para celebrar el milagro de la vida,
para renovar compromisos y sueños
y para trabajar, juntos y juntas,
por el otro mundo posible
que aún nos debemos.

Aquella orilla

(A la luz de Lucas 5:1-11)

Llegamos a aquella orilla
cargando nuestro cansancio
y nuestra frustración,
la pesada carga de no traer nada
para la mesa de la familia.
Conocíamos nuestro oficio,
sabíamos lo que debía ser hecho
y lo hicimos, como tantas otras veces:
con paciencia,
con constancia,
con las técnicas de siempre,
durante muchas horas,
animándonos unos a otros,
siempre en esperanza.
Sin embargo, nada pescamos.
Y con la barca liviana y las redes vacías,
con el alma triste y la fe lastimada,
nos encontraste
en aquella orilla que conjugaba
todas nuestras limitaciones.

Remendando las viejas redes
podríamos habernos quedado,
masticando la impotencia,
buscando explicaciones,
echándonos unos a otros las culpas,
llorando las penas del pobre
ante lo injusto de la vida.

Pero nos invitaste a volver a las barcas.
Y nos pediste navegar mar adentro,
hacia aguas más profundas.
Nos llevaste a lugares nunca visitados,

nos aventuraste a nuevos modos
y debimos ejercitarnos en otros modelos,
buscando en los sitios inesperados.
Nos desafiaste
a creer
a pesar de todas las experiencias negativas,
a confiar
porque siempre hay otras oportunidades,
a descubrir
que a tu lado todo puede suceder,
a aprender
que las viejas redes aún pueden ser útiles,
a regresar
a aquella orilla...
que ya no es la misma.

¿Encontrará todavía fe en la tierra?

(Lucas 18:8b)

Una fe capaz de resistir lo injusto,
una fe que sepa insistir, a tiempo y a destiempo,
una fe que no se resigne,
una fe que no se doblegue,
una fe que no se arrodille ante los poderes,
una fe que sepa defender los derechos de las
personas,
una fe que se involucre, una fe activa,
una fe política, una fe social, una fe económica,
una fe sensible ante el dolor del prójimo,
una fe luchadora, presente en marchas y protestas,
una fe que conoce su historia, que tiene memoria,
una fe que se hace carne en el presente,
una fe que mira al horizonte con esperanza:
Estamos tan mal enseñados y enseñadas sobre la fe,
que la creemos apenas un "sentimiento"
o la capacidad de "saber" ciertas cosas
o la costumbre de repetir algunas frases de memoria
o la tradición de ir a un templo de tanto en tanto.
Pero la fe es mucho más que sentir, saber, repetir...
La fe es confiar en Dios, esperar en él;
y, mientras tanto, en el camino, en la vida de
cada día,
la fe es resistencia a todo lo que se oponga al
amor de Dios,
a la plenitud de la vida y a la justicia del Reino.
La fe es parecerse a esa viuda
que supo doblegar la indiferencia de un juez.
¿La hallará Dios aún?

Entre los grises

Los días pasan, grises, demasiado grises,
como el color de un alegría que no se me contagia,
como el color de memorias desdibujadas,
como el color de sueños que se van diluyendo,
como el color de una profunda tristeza.

Los días pasan, grises, demasiado grises,
entre apatías y silencios que duelen,
entre frases huecas de contenido
e imágenes viejas que se me hacen tan presentes;
gris de ausencias, de vacíos, de pérdidas.

Los días pasan, grises, demasiado grises,
mientras tratamos de reconstruirnos,
mientras nos recuperamos de los golpes,
mientras seguimos buscando plenitudes posibles
junto a otras y otros que viven sus días grises.

Pero, en medio de tantos grises,
aparecen algunos colores esperanzadores
en miradas cómplices y abrazos sanadores,
en palabras que animan y sostienen,
en gestos que se hacen solidaridad,
en plazas que comienzan a llenarse
y en voces que aún siguen cantando.

Y entre todos los grises, buscando arcoíris...
nuestra vida.

Frutos

"En esto se muestra la gloria de mi Padre, en que
den mucho fruto..." (Juan 15:8)

Dar frutos no es una opción.
Los frutos de la vida de quien sigue a Jesús
son una extensión de la gloria de Dios.
Pero hay quienes se creen fieles a Dios
asumiendo actitudes que están en las antípodas
de las buenas nuevas anunciadas
por el maestro de Nazareth.
No da frutos agradables a Dios
quien sostiene con soberbia su verdad,
quien señala, acusador, lo diferente,
quien margina o excluye lo distinto,
quien juzga peligroso lo nuevo,
quien se escandaliza por lo diverso,
quien condena a partir de sus miedos,
quien se esconde en supuestas santidades
o se refugia en ingenuos fundamentalismos.
No, desde allí jamás saldrán frutos buenos,
porque desde el odio sólo puede nacer más odio
y desde el temor, solamente más temores.
Los frutos buenos, los frutos luminosos,
aquellos que agradan a quien recordó al profeta,
diciendo: "misericordia quiero...",
son aquellos que nacen y se sostienen en el amor,
aquellos que encuentran su raíz
en la gracia y en la compasión,
y que se manifiestan
en cada gesto de cariño hacia las víctimas de
exclusiones,
en cada palabra sincera a quienes son calumniados,
en cada mirada transparente a quienes son
ignorados,
en toda obra de justicia hacia los menos,

en todo compromiso con la vida plena,
en el abrazo solidario a lo más vulnerable y frágil,
en la compasión por quien sufre discriminación y
desprecio,
en la mano abierta a quien necesita,
en el camino compartido con todas las diversidades,
en las búsquedas comunes por inclusión y respeto,
en las luchas por la comprensión y la tolerancia,
en los esfuerzos por la convivencia armoniosa.
¡Cuánta falta aún tenemos
de estos frutos de amor!

Hemos gritado

¿No sientes, a veces,
que has gritado por demasiado tiempo ya?
¿No sientes que nadie oye tu voz,
que ni siquiera el viento
quiere llevar tus palabras hacia algún lugar
de oídos atentos y de corazones abiertos?
¿Cuántas veces has mirado a los ojos
a quienes van de camino contigo
para invitarles: ¡Volvámonos a Dios!?
¿Cuántas veces has compartido,
con esperanzas siempre nuevas,
que el reino de Dios estaba cerca?

¡Cuántas veces, sin embargo,
el sonido de tu propia voz
te regresaba, como un eco burlón!
No, no es tiempo de caminos rectos,
te decía el eco... no es tiempo, no es tiempo...
¿Preparar caminos para quién?
Ya tenemos muchos señores...
muchos señores... muchos señores...
Nosotros no tenemos pecados...
no tenemos pecados... no tenemos pecados...
La sociedad nos reconoce, somos importantes,
Abraham es nuestro padre, mira nuestro prestigio...
nuestro prestigio... nuestro prestigio...

¿Valdrá la pena seguir gritando?
¿A alguien le interesará en nuestras ciudades
oír la voz de locos y locas que siguen creyendo
que la justicia es posible
y que alguna día se besarán apasionadamente
con la paz,
que de su amor nacerá un mundo nuevo,

pleno, inclusivo, solidario,
sin dolores y sin hambre,
mundo de abrazos, de encuentros,
de mesas amplias, con comida y bebida
para cada hijo e hija de Dios?

¿Valdrá la pena seguir invitando a las gentes
a acercarse a los jordanes
donde es posible renovar la fe
y regar los sueños?

¿Será que a alguien le interese
que sean desenmascaradas las víboras
que hoy se mofan de las heridas
de un mundo que se muere?

¿Creerá alguien que aún vale la pena
esperar a quien viene a completar
lo que los perversos de siempre
quisieran derrotar en una cruz?

Aún cansados y cansadas,
sin certezas de que alguien nos oiga,
habrá que seguir gritando:
¡Viene Uno, ya llega!
¡Y pondrá las cosas en su lugar!

Las obras que hago

"Ya se lo he dicho a ustedes, y no lo creen.
Las obras que hago en nombre de mi Padre
son las que me acreditan" (Juan 10:26)

Y mis ovejas me siguen
porque han visto en mi al Dios
que otros le escondían
detrás de sus ritos y tradiciones sin vida,
detrás de sus leyes y obligaciones,
detrás de un ropaje viejo
y de una religiosidad hipócrita.
Desde sus púlpitos alejados de la gente
imponían cargas y reclamaban sacrificios
para sostener una institución
que había olvidado por completo
al Dios liberador,
al Dios de la justicia y de la misericordia,
al Dios del amor.

Lobos que se comen al rebaño
disfrazados de pastores,
pronto caerán sus máscaras
y se descubrirán sus mentiras.

Mis obras abrazan al humilde,
se acercan al pobre,
sanan al enfermo,
inspiran al decaído,
alimentan al hambriento,
claman con el oprimido,
denuncian al que abusa,
lloran y celebran
las penas y las bendiciones
de cada ser humano.
Mis obras

se desvisten de ritos enmohecidos
y se desnudan de todo vestido
que levante muros entre las personas
y promuevan odios y divisiones.
Mis obras
hablan del amor de un Dios bueno
que regala vida y lo hace en abundancia,
que jamás se olvida de los suyos.
Mis obras se hacen evangelio
para quienes quieren oír
y desean andar los rumbos nuevos del Reino .

“Mis ovejas oyen mi voz;
yo las conozco y ellas me siguen.”

Marchas

(A la luz de Lucas 4:1-13)

El proceso es interior,
pasa por la mente y el corazón,
los sentimientos y las entrañas.
El camino no es hacia algún lugar,
cercano o lejano;
es hacia el alma,
ese espacio que, tal vez,
para algunas personas haya quedado
tremendamente distante
de sus valores, de sus principios,
de sus elecciones y de sus acciones.
El desierto al que camina Jesús
en el tiempo de su cuaresma,
es su propio terreno íntimo,
es el suelo de su interioridad
que le permite descubrirse,
conocerse,
sincerarse,
sanarse,
liberarse,
disponerse
a la misión que le es encomendada.
No marcha a una plaza pública para ser visto,
para ser noticia, para que todos hablen de él.
No marcha al ritmo
de las presiones intencionadas;
tampoco camina confundido
en una desorientada procesión de marionetas.
No se deja meter en el territorio
del poder que corrompe
ni le hace el juego a quien,
conociendo la debilidad humana,
busca tentarlo, seducirlo, engañarlo...

Jesús marcha hacia ese silencio que permite
ordenar los pensamientos,
afirmar las convicciones,
reconocer las voces mentirosas
y construir respuestas fundadas
en la Palabra que lleva a toda verdad,
que encamina hacia toda justicia
y que posibilita la plena paz.
Desde ese silencio fecundo,
Jesús sale inspirado a hacerse parte
de la gran marcha de la vida,
abrazando y sanando a los tristes y lastimados,
liberando y empoderando a los oprimidos y
golpeados,
compartiendo y enseñando a todos por igual,
denunciando y desenmascarando
a los corruptos y a los hipócritas,
señalando un nuevo horizonte
en el que todas las cosas
quedarán expuestas a la LUZ.
Que en este tiempo de nuestra cuaresma,
nuestra marcha sea hacia el silencio
que permite redescubrirnos,
rehacernos,
sanarnos,
liberarnos,
abrazarnos,
reencontrarnos
y caminar en esperanza
hacia lo nuevo que,
en Jesús,
se nos anuncia.

Miedos

"El miedo a los hombres es una trampa, pero
el que confía en el Señor estará protegido."
(Proverbios 29:25)

¿Miedos?

Sí, toda persona los tiene y no soy la excepción.

Pero no me atemorizan las discusiones, aún las más
encendidas,

aquellas a las que les ponemos pasión.

No le huyo a los debates ni a las diferencias,

porque son parte del mundo diverso en el que
vivimos.

No me escandalizo porque alguien se enoje y diga
algo inapropiado,

porque siempre está la oportunidad de la disculpa
sincera.

No le creo a cualquier chisme

ni me hago eco del lodo que busca ensuciar

por el mero arte de hacer daño a otros.

Esos no son mis miedos,

aunque parecen ser los miedos de muchas personas
en tiempos de definiciones profundas.

Me causan terror las personas indiferentes,

que creen que la "no-opinión"

está exenta de significados y de consecuencias.

Tiemblo al pensar que hay hombres y mujeres

que dicen no tener ideologías, sin darse cuenta que
al decirlo

expresan la peor de ellas: la de la apatía.

Me asustan quienes creen que la historia comenzó
hoy,

quienes no tienen memoria o prefieren evitar tenerla.

Se me hiela la sangre de sólo pensar que hay seres
humanos

que no quieren que existan los derechos humanos,
que no quieren igualdad de oportunidades
para cada hijo e hija de esta tierra
y para cada persona que quiera habitar este suelo.

Quisiera esconderme de quienes enrollan las
banderas
de la dignidad humana, porque creen que sólo ellos
la merecen.

Le temo a quienes son cegados por los odios
y sueltan su verborragia descalificadora e insultante,
incapaces de sostener un diálogo maduro,
en el que podamos reconocernos, aún en las
diferencias.

Le tengo miedo los mediocres, a los tibios,
a quienes no se juegan...

Son los que hoy cantan "Hosanna"
y mañana gritan "Crucifiquenlo".

Son los que hoy están con Cristo
y mañana con Barrabás.

Y le temo a mis propias traiciones,
a mis negaciones, a mis fragilidades.

Me asustan los que no tienen otro horizonte
que el de sus propias mezquindades,
aquellos cuyo único proyecto son ellos mismos
y su comodidad, su bienestar, su seguridad.

Tengo cierta alergia hacia las personas
que desconocen el significado de las palabras
prójimo, solidaridad, comunidad, amor, perdón.

Temo a los que no abrazan ni miran a los ojos.
Desconfío de quienes bailan al ritmo de una melodía
que suena a exclusión, a buena vida para pocos.

Y así, entre los temores que no tengo
y los miedos que sí me rodean,
trato de mirar con confianza al porvenir,⁽¹⁾
porque camina a nuestro lado Uno
que hace amanecer.⁽²⁾

(1) Referencia al tango *Tenemos Esperanza*, del obispo (em)
Federico Pagura

(2) Referencia al tango *Vamos*, del pastor Guido Bello

Míranos con buenos ojos

Dios de nuestros padres y de nuestras madres,
Dios de los caminos recorridos y de los senderos por
descubrir,

Dios desde siempre y para siempre,
en tiempos violentos e injustos,
en épocas de sociedades excluyentes,
en días de muros y de vallados,
en horas de incertidumbres y desconciertos:

¡Haz que volvamos a ser lo que fuimos!
¡Míranos con buenos ojos y estaremos a salvo! ⁽¹⁾

Dios de manos extendidas y de corazón generoso,
Dios de pactos que se renuevan y de gracia sin fin,
Dios cuya justicia lleva a la paz y a la plenitud,
abre los ojos de tu pueblo, para que no sea
confundido,
abre los oídos de tus hijos e hijas, para que puedan
escucharte,
sensibiliza a quienes te confiesan "Señor" para que
puedan hacer tu voluntad.

¡Haz que volvamos a ser lo que fuimos!
¡Míranos con buenos ojos y estaremos a salvo!

Dios de Efraín y de Benjamín, de Manasés y de Dina,
Dios de Haniya y Rashida, de Abdul.Hasib y de
Mustafá,

Dios de Pedro y de Isabel, de Juana y de Esteban,
abraza con compasión a cada hombre y a cada
mujer

que busca con sinceridad un modo de ser felices,
sin perder en la búsqueda su vocación solidaria.

¡Haz que volvamos a ser lo que fuimos!
¡Míranos con buenos ojos y estaremos a salvo!

Dios, en un mundo en el que las ambiciones
dominan,
en una tierra que ya no quiere hacerle espacio a los
más débiles,
en un ecosistema que sufre a causa del abuso y la
sobre explotación,
necesitamos que tu rostro resplandezca en medio
nuestro:

¡Haz que volvamos a ser lo que fuimos!
¡Míranos con buenos ojos y estaremos a salvo!

(1) Se puede usar como respuesta de la comunidad la versión preferida de este verso del Salmo 80.

No lleven nada

Nada.

Apenas un mandato.

Sólo ir, de a dos, en compañía solidaria.

Y aventurarse al camino, tratando de evitar a los
lobos,

a aquellos que se oponen a que la vida sea plena
y para todas las personas, sin distinciones.

Ninguna seguridad.

Ninguna distracción para el viaje.

Ninguna pérdida de tiempo.

Ninguna excusa para detenerse.

Ningún prurito moral.

Ningún condicionamiento del pasado.

Ninguna enseñanza que sostenga un prejuicio.

Ningún otro deseo que el de la paz.

Ninguna otra prédica

que la que puede darse en torno a una mesa.

Ningún otro compartir que el de la vida simple
de las personas simples en lugares simples:

un poco de pan, un vaso de vino, un plato de arroz,
agua.

Ninguna otra tarea que la de sanar

corazones rotos, vidas quebradas, esperanzas
destruidas,

sueños desnutridos, cuerpos enfermos, relaciones
corrompidas.

El polvo de las sandalias como denuncia profética
a quienes rechazan vivir en la paz que garantiza
justicia.

Ninguna otra meta que la de hacer visible, de
manera concreta,

el amor de Dios hacia sus hijos e hijas.

Amor ofrecido, nunca impuesto.

Y sólo una certeza: Jesús viene detrás,

dispuesto a compartir la fiesta de la vida nueva,
la fiesta de la cosecha completa y de los frutos
compartidos,
la fiesta de la armonía recuperada en la casa
grande de Dios.

No te detuviste

“Lo contrario al amor no es el odio,
sino la indiferencia.”

Elie Wiesel

(A la luz de Lucas 10:25-37)

Me viste al pasar, caído, lastimado.
Me viste en mi fragilidad.
Me viste golpeado y desnudo.
Me viste, sé que me viste.
Pero pasaste de largo.
Me viste llorando, me viste desesperado,
me viste colgado de una balsa,
me viste expulsado por la guerra,
me viste con hambre de comida
y con sed de abrazos.
Me viste herido por el odio,
rechazado por prejuicios,
marginado por mi color,
por mi origen, por mi sexualidad.
Me viste, sé que me viste.
Y pasaste de largo.
Me viste golpeada, secuestrada,
violada, juzgada, condenada
al silencio, a la vergüenza, al dolor.
Me viste aferrada
al cuerpo de mis hijos muertos,
me viste desfilando frente a los muros
y a los alambrados que intentan escondernos.
Me viste, sé que me viste.
Me conoces, nos conoces
por más que quieras negarlo.
¿Por qué no te detienes?
¿Por qué desvías la mirada?
¿Por qué ocultas tus manos?
¿Por qué apresuras tus pasos?

¿Por qué cierras tu corazón?

Sí, claro, habrá samaritanos y samaritanas,
enviados por Dios a compartiros su misericordia
y a recordarnos que, a pesar de ti,
Él no nos olvida y nos extiende su amor.

Pero hoy pongo al cielo y a la tierra como testigos
y me uno a todas las mujeres y a todos los hombres
ignorados junto al camino de la vida,
para acusarte por tu incapacidad de amar,
por tu desprecio a la vida,
por tu egoísmo e insensibilidad,
por tu indiferencia, por seguir tu camino...
No te salvará tu fe proclamada
que no se traduce en acciones solidarias.
No te salvará tu visita
a ninguna iglesia, templo, mezquita,
si no eres capaz de visitar el dolor de tus prójimos.

Me viste, sé que me viste.
Me conoces, nos conoces
por más que quieras negarlo.
Y no te detuviste.

Piedras en las manos

(A la luz de Juan 8:3-11)

¿Cuánto odio cargábamos aquel día, Jesús?
¿Cuánto rencor llevábamos acumulado en el alma?
¿Desde cuándo nos venía corroyendo
nuestra incapacidad de comprender, de aceptar,
de dejar-ser, de no juzgar, de amar?
¿Cuál era el motivo real de nuestras acciones
violentas?
¿Por qué tomamos piedras en nuestras manos?
¿Realmente sentíamos el deseo de matar?
¿Qué nos había pasado, maestro?
¿Cuándo perdimos el rumbo
y olvidamos las enseñanzas de Dios?
“Misericordia quiero, y no sacrificio,
y conocimiento de Dios...”,
nos pide el profeta.
Pero nosotros ignoramos su voz
y despreciamos el mandato divino.
Y allí nos encontramos, tus ojos fijos en los nuestros,
el odio transformándose en vergüenza,
las piedras pesando en las manos,
y una culpa dolorosa que nos apretaba el corazón.
No éramos más ni mejores que nadie.
No teníamos derecho a hacer lo que hicimos
con aquella mujer que empujamos a tus pies
y a hacer lo que hicimos a tantas y tantos
en el nombre de un Dios cuya confianza
malversamos.

Pero tú nos ayudaste, buen Jesús.
Nos ayudaste a soltar las piedras que cargábamos,
esa manifestación visible
de nuestras frustraciones y de nuestros miedos,

de nuestras limitaciones para convivir y para aceptar
lo diferente,
de nuestro deseo permanente de condenar
todo lo que conmoviera los endeble cimientos de
nuestra religiosidad.

Nos enseñaste a reconocernos los primeros
pecadores.

Y, abrazados en tu misericordia,
esa que libera y que sana,
esa que restaura y que renueva,
esa que impulsa a la conversión
y a andar caminos de encuentro y armonía
con nuestros prójimos y con la creación toda,
nos devolviste al rumbo del amor.

Abrázanos también hoy, Jesús,
para que podamos soltar las piedras
que día a día vamos cargando,
para dejar de lado todos los odios,
para desprendernos de toda violencia
y de los juicios apresurados.

Míranos con los mismos ojos que nos miraste
entonces

cada vez que empujemos a tus pies
a quienes nos creemos con derecho a maltratar,
a humillar, a difamar, a condenar, a lastimar...

Ayúdanos a reconocer

la soberbia de nuestras reglas,
la cárcel de nuestros dogmas,
el peso de nuestras tradiciones,
la pobreza de nuestra espiritualidad,
la lejanía de tu voluntad...

Enséñanos una y otra vez

que el camino de Dios que nos viniste a compartir,
es el camino de la compasión,
el camino de la misericordia,
el camino del amor.

Míranos de tal modo que seamos capaces
de soltar las piedras que apretamos con fuerza.
Que, conmovidos por tu gracia,
podamos regresar a la vida
como personas nuevas,
transformadas por tu amor liberador.

Se buscan

¡Profetas y profetisas se buscan!

Que derriben las mesas de quienes en los templos
negocian la gracia de Dios y la convierten en
mercancía.

Que denuncien a los apóstoles, pastores, obispos,
líderes eclesiales
que callan y conceden a cambio de privilegios.
O por cobardía.

Que acusen a quienes falsean el mensaje de la vida
abundante para todos y todas,
excluyendo de ella a quienes más sufren, a quienes
son diferentes por su raza,
su opción sexual, su condición económica, su
educación formal...

Que pateen las puertas de quienes las cierran a un
evangelio que incluye,
que sana, que libera, que se realiza en la solidaridad
y en la búsqueda de justicia.

¡Profetas y profetisas se buscan!

Que ofrezcan el corazón abierto, desbordando
misericordia, sin pedir nada a cambio.

Profetas y profetizas que no teman, que no se
escondan, que no huyan,
que no se dejen comprar, que griten aun cuando
nadie les oiga...

El viento sabrá llevar su mensaje por los rumbos
de Dios.

¡Profetas y profetisas se buscan!

Necesitamos sus voces sacudiendo tanta hipocresía,
desnudando falsedades

y nombrando sin medias tintas los pecados que
atentan contra la plenitud de la vida.

Necesitamos sus manos señalando a los corruptos,
a los traidores, a los asesinos,

a los verdugos de los humildes, a los carceleros de los
derechos humanos y de la libertad,
a los que sostienen modelos económicos que traen
muerte.

Necesitamos sus ojos fijos en quienes se ríen del dolor
de sus prójimos y prójimas,
de quienes se visten con la sangre de sus víctimas.

Necesitamos que no dejen de mirarlos para que
sepan que los conocemos:

los señores del capital, los de las semillas
transgénicas, los de los venenos,

los de los muros y las cercas, los de las guerras, las
armas, las bombas, las invasiones.

los de los discursos misóginos, los fundamentalistas
del odio,

los que destruyen la casa común que habitamos sin
pudor alguno.

Y necesitamos también sus pies...

Sus pies marcando caminos nuevos que nos
mantengan vivas las esperanzas,

que nos animen a seguir andando con fe hacia
nuevos horizontes,

hacia lugares donde algún día sean posibles

la paz con justicia y la armonía con equidad entre
las gentes.

¡Profetas y profetisas se buscan!

Que nos regalen sus vidas dispuestas a seguir
soñando,

cual locas y locos, en otros mundos posibles,

esos que Dios aún anhela para sus hijas e hijos.

¡Profetas y profetisas se buscan!

Te esperamos

Ven, te esperamos,
Dios de los venires que escandalizan,
Dios de los llegares sorprendentes,
Dios de los lugares inesperados
y de las formas inapropiadas,
Dios que te haces nosotros y nosotras,
que te arrimas a nuestras fragilidades,
que te avienes a la con-vivencia
con quienes somos barro y sueños,
dolor que duele hondo
y esperanzas que no dejan de latir

Ven, te esperamos,
naciendo allí donde pocas personas te buscan,
donde sólo las gentes humildes pueden hallarte,
abrazado por el amor de las pobres y las
desplazadas,
arropado por la sensibilidad de los nadies,
perfumado por el aroma del pan que se sabe
compartir
y que se hace fiesta solidaria,
huésped refugiado allí donde la única frontera
es la de tu gracia sin fronteras.

Ven, te esperamos,
anunciando salvaciones posibles,
abriendo surcos hacia la paz con justicia,
marcando el ritmo y señalando aquel horizonte
de luz
donde las armas son arado y los niños y las niñas
juegan,
donde nadie calza botas y no hay tiranos,
donde ninguna persona juzga ni lastima ni mata a
sus próximos,

donde la alegría es verdadera
porque no hay opresión ni existen las esclavitudes,
donde la creación entera alcanzará su anhelada
plenitud.

Ven, Jesús, te esperamos.

Te quiero justa

¿Cómo no quererte si tanto te necesito?
¿Cómo no quererte si no es posible la vida en tu
ausencia?

Pero no te quiero callada ni temerosa,
tampoco lejana o esquiva.
No te quiero altiva ni arrogante
ni impoluta en pedestal de mármol.
No te quiero con tus ojos ciegos
ni tu boca muda ni tu corazón de piedra.
Te quiero justa y te quiero libre,
te quiero ajena a las presiones
y distante de aquello que corrompe.
Te quiero desnuda de mezquindades,
despojada de prejuicios,
desarropada de los privilegios del poder.
Te quiero con la mirada transparente,
abierta a la realidad, capaz de verlo todo.
Te quiero de manos tendidas y abiertas,
acariciando heridas,
abrazando sufrimientos,
sosteniendo a los frágiles.
Te quiero de pies ligeros,
siempre en movimiento,
caminando nuestros senderos,
amaneciendo verdades,
ventilando impurezas,
haciendo visible lo esencial,
diciéndole adiós a los imposibles.
Te quiero de buena memoria,
haciendo honor a la historia, a la vida,
a los dolores y a los sueños
de mujeres y de hombres,
de niñas y de niños,
de oscuros y de claros,

de héteros y de homos,
de derechos y de izquierdos,
de cada ser humano
que te clama, te ruega, te llora
y que grita tu nombre:
Justicia.

Todavía un tiempo

(A la luz de Lucas 13:6-9)

“¿Cuánto tiempo más?
¿Cuánta paciencia debo aún tener?
Todo lo fue dado y nada produce.
¿Cómo conservar todavía alguna expectativa?
¡Córtenla y quémela!”

El reclamo es justo y razonable.
El dueño del viñedo está en su derecho
de pedir que aquel árbol sea cortado.
Su tierra es buena
y los cuidados han sido los adecuados.
¿Quién puede estar en desacuerdo?
Como parte de un sistema que ha exacerbado
la productividad como el gran objetivo,
que ha puesto en el pedestal de los valores
a la eficiencia y al éxito,
que rinde culto a la explotación voraz
de la tierra y de las aguas,
que no es capaz de reconocer con justicia
los esfuerzos de quienes se empeñan y trabajan
con paciente amor en sus oficios y en sus
profesiones,
que descarta a quien no “beneficia” al sistema,
¿cómo no estar de acuerdo?
Son las reglas del juego,
son las condiciones del mercado,
es la ley de la libre empresa,
es el sacrificio que exige Mamón.
No hay quien salve a una higuera que no produce.
Y no hay quien salve al ser humano
que no logra hacerse parte de este sistema
que mata al que no produce.

Pero...
allí vienes, generoso jardinero,
cultivador de los mejores valores,
tus manos sucias, tu frente transpirada,
tus mirada firme y tu voz serena;
y, mirando al dueño de todo,
le pides con infinita ternura:
“dales un tiempo más...”

Tiempo para aflojar las presiones
y para abonar sueños,
tiempo para la evaluación pausada,
y para repensar alternativas,
tiempo para la esperanza
y para que los frutos lleguen
y sean apreciados,
tiempo para seguir siendo higuera
en medio de todas las vides.

“Tú me formaste en el vientre de mi madre...”
(Salmo 139:13)

Me han dicho

Me han dicho muchas veces
que soy una obra imperfecta, que soy anormal,
que me he desviado, que vivo en perversión,
que soy una abominación a tus ojos,
mi Dios creador.

Me han lastimado con esas frases
y muchas más que no me atrevo a contarte.

Me han herido con insultos, desprecios,
maltratos, golpes, negaciones, vejaciones...

Una, diez, cien veces me han matado.

Y en cada ocasión, miles aplaudían
y otros miles callaban,

incluso quienes se dicen tus hijos e hijas.

Me han odiado y me odian

por tratar de vivir libre, honesta y abiertamente
mi sexualidad.

En tu nombre me han condenado,

en tu nombre me han expulsado,

en tu nombre me han discriminado.

Y en tu nombre han cometido

toda clase de atrocidades

con quienes no queremos

que nos encierren en ningún closet.

Pero yo sé, materno Dios,

que tú me formaste

en el vientre de quien me dio la vida.

Maravillosamente me hiciste

y en tu corazón me pensaste gay.

A tu imagen y semejanza me hiciste:

lesbiana, gay, homosexual.

No hay ningún pecado

en vivir conforme a tu designio amoroso,

de acuerdo a tu perfecta obra en mí.

Quienes me odian y me condenan,

te odian y te condenan a ti;
quienes me lastiman y me matan,
te lastiman y te matan a ti;
quienes me miran y se burlan y me insultan,
se burlan de ti y te insultan a ti.
Yo te doy gracias, Dios de lo diverso,
porque me pensaste y me hiciste
tal como soy, a tu propia imagen.

"Te alabo porque estoy maravillado,
porque es maravilloso lo que has hecho.
¡De ello estoy bien convencido!" (Salmo 139:14)

Mi camino

Nacer
Crecer
Familia
Rebeldía
Sueños
Encuentros
Belleza
Disfrutar
Trabajo
Búsqueda
Amor
Llamado
Sorpresa
Gracia
Oración
Vocación
Preparación
Entusiasmo
Descubrir
Re-aprender
Cantar y orar
Compartir
Recibir y dar
Andar caminos
Conocer
Expectativas
Analizar
Buscar luz
Arriesgar
Celebrar
Abrazar
Proponer
Cambiar
Paciencia

Meditación
Esperar
Desesperar
Reintentar
Insatisfacción
Lucha
Decisiones difíciles
Nuevas búsquedas
Sanidad
Procesos
Nuevos planes
Crear en un rumbo
Jugarse
Incomprensión
Desprecio
Tradicón versus crecimiento
Institución versus movimiento
Preguntas
Muchas preguntas
Soledad
Desprecio y rechazo
Desconcierto
Silencio
Dolor
Ausencias
Moverse
Vacío
Extrañar
Más preguntas
¿Extrañarán?
Desconfianzas
Necesidad de abrazos
Nubes
¿Horizontes?
Esperar en Dios...
(continuará)

Y no me creyeron

(A la luz de Lucas 4:14-30)

En el poder del Espíritu,
luego de pasar mis propias luchas
y de haber asumido que era la hora,
salí a los caminos y entré en las casas
de quienes me hacían espacio,
y fui a los pueblos
y prediqué en sus lugares sagrados,
anunciando con alegría
que había llegado la hora del cambio,
del cambio de verdad,
de aquel que transforma las vidas
y las plenifica
a partir de la gracia de Dios.

Un cambio hacia la dignidad de toda persona,
hacia la justicia que cuida a los más pequeños,
hacia la verdad que se cuenta desde abajo,
hacia la igualdad de oportunidades,
hacia una sociedad que incluya a cada ser humano
y lo valore como hijo o hija de Dios.

Al principio sonreían y aplaudían
y recibían con entusiasmo las buenas noticias...

Pero luego..., luego comenzaron a insultarme,
me amenazaron y hasta quisieron matarme.
¿Por qué? ¿Qué les molestaba?

"Traigo buenas noticias para los pobres", les decía.
"No, no queremos oírte", replicaban.
"Es necesario un sistema económico más justo,
que promueva la equidad y no beneficie apenas a
unos pocos,
en el que prime el ser humano por sobre el dinero",
les proponía.

Sin embargo, preferían vivir bajo el yugo del tirano.

“Quiero que los ciegos puedan ver”.

“Acá no hay ciegos y nadie te necesita”,
respondían.

“Denme la oportunidad de abrazar a quienes sufren,
de darle un poco de esperanza a los tristes,
de animar a los caídos y a los cansados...”

“¿Y quién te crees que eres, bastardo hijo de José?”

“¿Es que de verdad no entienden?”

Vengo a abrir las puertas de las cárceles que los
encierran,

a liberarlos de los barrotes del miedo,

de las celdas de la mediocridad,

de los calabozos del sálvese quien pueda...”

“Nadie te necesita, Jesús. Vete con tu ideología a
otra parte.”

“Hoy se está cumpliendo la escritura ante

ustedes...”, quise explicarles. “No es ideología,
¡es palabra de Dios!”

Pero ya nadie quiso oír.

El odio de los más poderosos,

la apatía de los religiosos del mero cumplir

y el temor cómplice de muchos

podieron más...

Y guardando bajo el brazo las buenas nuevas,

sacudí mis sandalias

y tuve que marchar de aquel pueblo.

¿Navidad?

Celebran navidades
en los palacios de Herodes,
donde los confabuladores de siempre
negocian sus privilegios,
los consensos corporativos necesarios
para seguir lucrando
sobre la base de la miseria
de las gentes sufridas.
Celebran con banquetes perversos,
con comida robada a los pobres,
con música alegre que no alcanza
a esconder los gritos
de un mundo que se muere.
Aplauden los sacerdotes del poder
a sus nacidos en cunas de oro,
predicando ambigüedades,
compartiendo mensajes
de una espiritualidad dietética
que alimiente vidas desnutridas
de espíritu comunitario.
Escuchan complacidos
quienes no quieren oír otra cosa,
porque no quieren compromisos,
porque no desean saber de vidas plenas,
ni de dignidades que son universales
ni de justicia equitativa
ni de derechos para cada hombre y cada mujer.
Escuchan y siguen su camino alienado,
creyendo haber cumplido con su fe
en un dios que se han inventado...
Pero que no es el Dios nacido en Belén.
No, Navidad no es ésta
de las luces artificiales,
de las mesas llenas de comida

pero vacías de amor;
no es la de la falsa paz que camufla
las miserias, los odios, las grietas,
las invasiones, las bombas, las muertes;
no es la de la piedad de ocasión
ni la de los saludos sin alma;
no es la de las puertas cerradas
a las necesidades de tantos próximos
ni la de manos que jamás se abren
en un gesto auténtico de solidaridad.
Navidad es encontrar a Dios
en lo pequeño, en lo frágil,
en las personas lastimadas,
en espacios donde la vida transpira,
en los rincones ignorados,
en medio de las oscuridades,
más allá de las fronteras de lo aceptable,
en los lugares donde no hay nada
pero donde siempre hay espacio para quien busca
y siempre hay algo para compartir.
Navidad es encontrar a Dios
allí donde nadie buscaría
y nadie esperaría encontrar
a ningún Jesús, a ningún Salvador.
Navidad es el encuentro
con el Dios que sigue naciendo
donde tan pocos le buscamos.

